
Muliebrem tollite luctum*

Bagdad, enero de 1991

*Así describe Horacio, en dístico, el horror y el miedo ante la guerra en el Épodo 16: "*muliebrem tollite luctum*" ("llanto de mujeres ante los muertos").

Lisístrata

Aristófanes

C LEONICE: ¡Mujeres! ¿Qué quieres que hagan las mujeres de grande, de sensato? ¡En el hogar siempre, siempre con la carga encima! Nuestras túnicas de color azafrán bien restiradas, sin cintos, que van a dar hasta las sandalias afectadas y ceñidas. No pasan de eso.

LISÍSTRATA: Ahí está la llave de la salvación. En eso mismo confío. La túnica color de azafrán, bien suelta y hasta el suelo, las sandalias ajustadas, el colorete en la cara, y aquellas camisitas transparentes... ¡eso, eso es la salvación!¹

[...]

COMISARIO: Vamos, por Zeus. Por principio de cuentas estoy deseando saber y por lo mismo preguntar para qué han ocupado la fortaleza y puesto barricadas.

LISÍSTRATA: Para poner a salvo el dinero de la ciudad y para que, por esa causa, ustedes dejen de hacer la guerra.

COMISARIO: ¿Con que hacemos la guerra por dinero, no?

LISÍSTRATA: Sí, así han trastornado también todo lo demás. De ahí también vienen todos los alborotos que nos hacen. Pisandro, como todos los que aspiran a cargos públicos, no tienen otra mira que el dinero. Pero ahora no se va a poder: que hagan lo que se les antoje, pero de aquí no van a volver a tomar dinero. No van a sacar ni una miserable dracma más.

COMISARIO: ¿Qué pretendes hacer...?

LISÍSTRATA: ¿Y todavía me lo preguntas? Nosotras lo administraremos.

COMISARIO: ¡Administrar ustedes el dinero!

LISÍSTRATA: ¿Te parece extraño? ¿No somos nosotras las que administramos el gasto de los bienes de la casa en tu favor?

¹ Aristófanes, *Lisístrata* (41-48).

COMISARIO: No es lo mismo.

LISÍSTRATA: ¿Por qué no va a ser lo mismo?

COMISARIO: ¡Con ese dinero tiene que hacerse la guerra!

LISÍSTRATA: Antes que nada... ¿por qué ha de haber guerra? ¡No es necesario hacer guerra!

COMISARIO: ¿Y cómo estaríamos seguros, si no? ¿Cómo nos defendemos?

LISÍSTRATA: Nosotras los defendemos.

COMISARIO: ¡Ustedes!

LISÍSTRATA: Nosotras mero.

COMISARIO: Sería insoportable.

LISÍSTRATA: Te defendemos, quieras o no.

COMISARIO: ¡Dices barbaridades, cosas terribles!

LISÍSTRATA: Te molesta, ¿no? Pero de todas maneras tenemos que hacerlo.

COMISARIO: ¡Por Démeter! Ustedes no tienen ningún derecho.

LISÍSTRATA: Tenemos que salvar tu vida, mi amigo.

COMISARIO: ¿Y si no se me antoja?

LISÍSTRATA: Entonces, con más ganas.

COMISARIO: ¿Pero de dónde les ha venido a ustedes preocuparse de la guerra y de la paz?

LISÍSTRATA: Nosotras te lo explicaremos.

COMISARIO: Habla pronto, para que no llores.

LISÍSTRATA: Oye pues, y trata de controlar tus manos.

COMISARIO: Pero no puedo; me es difícil controlarlas cuando estoy enojado.

CALÓNICA: Entonces llorarás mucho más.

COMISARIO: Eso, vieja, gráznelo para ti. (A Lisístrata:) Tú dímelo. Habla, habla...

LISÍSTRATA: Es lo que voy a hacer. En la guerra anterior y hasta el tiempo actual, aguantamos como pudimos, calladitas y sufridas como somos. Ustedes los varones bla, bla, bla, proyecta y proyecta, y nosotras calladas, no nos permitían ni decir palabra. No nos eran agradables, por tanta necedad que hacían y decían. Pero comprendimos perfectamente. Muchas veces, estando en casa, oímos que habían tomado funestas resoluciones sobre asuntos trascendentales. Entonces, aunque afligidas, con una sonrisita, les preguntábamos de cuando en cuando: "¿Qué han decidido escribir sobre la estela respecto a la paz en la asamblea de

hoy? ¿Qué ha pasado? ¿Cuál fue la resolución sobre la guerra?" "¿Qué te importa?", nos decía el marido; "¿por qué nunca te callarás?" Y me callaba.

CALÓNICA: Eso tú: porque yo nunca me callaba.

COMISARIO: ¡Cómo te hubiera ido si no hubieras callado!

LISÍSTRATA: Por esa razón me callaba. Pero al rato, volvía a la carga y preguntaba: "¿cómo puedes hacer cosas tan insensatas, marido? Él me barrió con la mirada y me dijo retumbante: "Tú teje tu tela y no más: de otra manera, te vas a llevar tus buenos dolores de cabeza. La guerra es negocio de los hombres".

COMISARIO: Por Zeus que tenía razón.

LISÍSTRATA: ¿Cómo que tenía razón, genio del mal? Si cuando ustedes tomaban decisiones absurdas y perniciosas, ni siquiera se nos permitía darles consejo. Y cuando los oíamos decir públicamente por las calles: "¿No hay un varón en este país?", y que otro respondía: "Ninguno, por Zeus." Entonces fue cuando resolvimos de común acuerdo, en una asamblea de mujeres, salvar a Grecia. ¿Pues qué cosa debíamos esperar? Por esto, si quieren ustedes callarse la boquita y atender a nuestros consejos, como lo hacíamos antes nosotras, podríamos ponerlos en el camino recto.

COMISARIO: ¿Ustedes a nosotros? ¡Esto es el colmo! Tu lenguaje es demasiado fuerte e intolerable para mí.

LISÍSTRATA: ¡Cállate...!

COMISARIO: ¿De dónde crees que me voy a callar nada más porque tú lo quieres, maldita? ¡Tan enrebozada y mandando! Antes no vivir.

LISÍSTRATA: ¿Te choca lo del rebozo? ¡Anda, que lo tome éste y te lo dé y te lo envuelves bien en la cabeza! ¡Pero te callas!

CALÓNICA: Toma también esta cestita, cíñete bien la cintura, y ponte a hilar lana comiendo habas. Hoy la guerra será un asunto de mujeres.

LA CORIFEO: ¡Ay mujeres! Apártense de estos cántaros para que también nosotras prestemos alguna ayuda a nuestras amigas.

CORO DE MUJERES: En cuanto a mí, jamás me cansaré de bailar ¡Jamás, jamás! Por mucho que me canse, nunca la pesada fatiga engordará mis rodillas. Aquí estoy y a eso vengo: a ayudar a mis amigas. Quiero ir a todas partes por causa de la comunidad: ellas tienen talento natural y gracia y audacia y sabiduría. Tienen cuerpo, tienen seso, las amigas son osadas hasta el pelagro y bien juiciosas en su amor a la ciudad.

LA CORIFEO: ¡Vamos, tú, la más valiente de las abuelas y de las mamás ortigas! ¡Avancen todas con ardor y no flaqueen porque aún tienen a su favor los vientos!

LISÍSTRATA: Pero si el dulce Eros con Cipris, Afrodita, hincha el deseo sobre nuestros pechos y piernas, activa nuestras caderas con atractivo ardor y después infunde en ellos una tensión de placer y andan con penes duros por delante, segura estoy que nos han de llamar justamente los griegos: las que acaban con la guerra.

COMISARIO: ¿Por haber hecho qué cosa?

LISÍSTRATA: Primerito que nada, por haber hecho cesar el que los varones vayan al mercado fantaseando con sus armas, y que se les quite lo loco.

CALÓNICA: ¡Sí, por Afrodita, la de Pafos, que así sea!

LISÍSTRATA: Porque ahora, se les ve en el mercado, donde están las jarras de vino, y paseando zigzagueantes entre las verduras, con tamañas armas, convertidos en borrachines ruidosos.

COMISARIO: ¡Por Zeus, mujer! Si precisamente ése es el don de los machos.

LISÍSTRATA: Y también es cosa de risa ver a un hombre con su escudo y en él la fiera de la Gorgona, y comprando sus pescaditos.

CALÓNICA: Juro que sí, por Zeus. Yo misma vi el otro día a un hombre melenudo, jefe de escuadrón, bien montado en su caballo, y estaba echando en su casco de bronce un montón de legumbres que le había comprado a una vieja. Otro, un tracio blandiendo su jabalina como Tereo, espantaba a la vendedora de higos secos y se comía las aceitunas negras.

COMISARIO: ¿Cómo harán ustedes para desatar la maraña, hacer que cesen los desórdenes y se les ponga fin en el país?

LISÍSTRATA: Esa es la cosa más fácil.

COMISARIO: ¿Cómo?, a ver, explícamelo.

LISÍSTRATA: Mira: cuando se nos enreda el hilo, lo cogemos por aquí y lo jalamos con el huso, ya a la derecha, ya a la izquierda; así desenredaremos también, si nos dejan, esta guerra, despachando embajadores a uno y otro bando.

COMISARIO: ¡Vaya tontera! ¿De modo que lo terrible de los problemas públicos lo van a desenredar las mujeres como si fueran lanas en un huso? ¡Qué estúpidas!

LISÍSTRATA: Sí, y si tuvieran ustedes un poco de sentido común, en nuestra manera de tratar nuestras lanas aprenderían a solucionar los negocios de la política.

COMISARIO: ¡Pero cómo! A ver, házmelo saber, ¿cómo?

LISÍSTRATA: Desde un principio, como se hace para lavar la lana bruta en un baño; así, después de haber quitado la mugre de la ciudad a golpes de duros garrotes sobre una cama, eliminar a los malvados y arrancar las cerdas; a los que se aglomeran y amontonan para obtener los cargos públicos, se les separa cardándolos y después se les arranca la cabeza una a una; en seguida, reunir en una canastilla la buena voluntad común y general, mezclando a la gente común y a los extranjeros, que son nuestros amigos, y también a los deudores del tesoro. Y, por Zeus, en cuanto a las ciudades pobladas por gente que salió de aquí, tener en cuenta que para nosotros tienen que ser como copos de lana que rodaron por tierra; se le saca un hilo a cada uno, esté por el lado que esté, y se liga con el centro para fomar una sola madeja. ¡Qué gruesa madeja de lana resultará para tejer entonces un grueso manto!

COMISARIO: ¿No es algo indigno que éstas traten todo por medio de agujas y madejas, ellas que jamás han tomado parte en la guerra?

LISÍSTRATA: ¡Pero cómo, grandísimo pillo, si nosotras soportamos más del doble! ¡Primero, parimos hijos y luego los despachamos en la tropa!

COMISARIO: Cállate, mujer, no recuerdes cosas tristes.

LISÍSTRATA: ¡Vaya: cuando deberíamos gustar el placer y gozar de nuestra juventud, tenemos que dormir solitas, nomás por culpa de esas expediciones militares! Bueno, yo paso lo que nos atañe, pero las jovencitas que envejecen en sus cuartos. . . ¡Cómo sufro por ellas! Se van secando de viejas solitarias en sus camitas. ¡Por ellas lo siento!

COMISARIO: ¿Acaso los hombres no envejecen también?

LISÍSTRATA: ¡Por Zeus, no es lo mismo! Un hombre a su regreso, aunque tenga la cabeza canosa, pronto se casa con una muchacha. Pero el tiempo de la mujer es corto y si no lo aprovecha, nadie querrá casarse con ella. Se consuela la infeliz con estar consultando los augurios.

COMISARIO: Bueno, pero a cualquiera que sea capaz de parársele. . .

LISISTRATA (*mirándolo con desprecio*): ¡Pero tú! ¿Por qué no te mueres? Ya es tiempo: cómprate tu ataúd. Yo haré un pastel de miel para tu entierro. ¡Toma (*le arroja los objetos que tiene en la mano*), cíñete tu corona fúnebre...!²

[...]

LA CORIFEO: Entonces, ¿por qué no dar consejos a la ciudad? Qué importa que naciera hembra: puedo bien dar consejos a la ciudad: ¿no pago acaso mi tributo? ¡Mis tributos son los hijos varones! ¡No tenéis derecho vosotros, viejos caducos: lo que habéis hecho es gastar los fondos del tesoro que venían desde el tiempo de las guerras médicas! Eso dais en lugar de tributos y todos estamos en la orilla de la ruina por vuestra causa... ¿Qué me responden? ¡Anden, contesten!³

²*Ibid.* (485–602).

³*Ibid.* (649–658).